





LA PRÓXIMA VEZ



*José Carlos Cataño*

# LA PRÓXIMA VEZ

[ 2004 - 2007 ]



RENACIMIENTO  
BIBLIOTECA  
DE LA MEMORIA

© José Carlos Cataño  
© 2014. Editorial Renacimiento

[www.editorialrenacimiento.com](http://www.editorialrenacimiento.com)

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)  
tel.: (+34) 955998232 • [editorial@editorialrenacimiento.com](mailto:editorial@editorialrenacimiento.com)

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento,  
sobre original fotográfico de © José Carlos Cataño, 2014

DEPÓSITO LEGAL: SE 1922-2014 • ISBN: 978-84-8472-503-9

Impreso en España • Printed in Spain

---

---

# PRÓLOGO



QUÉ se querrá decir con *la próxima vez...* ¿Que la vida sería distinta si la volviera a empezar en otra época, en otro lugar? ¿Insinúa un arrepentimiento, un propósito de enmienda, cuando no ha terminado una travesía a cuyo final, por cierto, nunca asistiré? ¿Se quiere dar a entender, con eso de *la próxima vez*, que si viniera una vida nueva, o se presentase la que pudo ser, la viviría como estoy viviendo esta de ahora?

A veces se queda uno pensando que la próxima vez actuará de otro modo. A veces, en cambio, tiene el palpito de que repetiría cada gesto, cada respuesta, cada resolución o falta de ella, porque de poco sirve soñar con desenlaces diferentes. O porque las pérdidas que se acumularon, los extravíos y las desventuras, más allá del dolor, se disolvieron con el tiempo para también hacer posible los hallazgos afortunados y que los pasos restablecieran el rumbo. Y eso que ya sabemos que los aciertos y los errores, la vida entera, no dependen por completo de nosotros.

Para algunos, quizá, *La próxima vez* contenga las respuestas a los interrogantes con que inicio este prólogo. Yo no sé si sus páginas tienen la obligación de hacerlo; si es una cuestión primordial. Uno no va anotando en su diario visiones del mundo, ni proclamando

principios de fe, ni exponiendo tesis ni dogmas. Un día se toma por relevante una observación, la experiencia de un momento, y no se pretende con el registro edificar una galería de verdades incontrovertibles. Más bien lo contrario, pues manteniendo abiertas las preguntas, la llegada de una verdad final, a la que tampoco será invitado, queda diferida. Por no hablar de las entradas que no llegan a cuajar porque a lo que asistimos se nos antoja de dudosa trascendencia. Días consecutivos y sin relieve, que parece que su esqueleto se sostiene solo con el aire azul.

Situándonos en el terreno de la cronología práctica, digamos que *La próxima vez* es la continuación de *Los que cruzan el mar*, libro de diarios que abarcaba desde el 18 de marzo de 1974, cuando todavía vivía en La Laguna, a un día sin fecha de abril de 2004, año de su publicación. En *Los que cruzan el mar*, a menudo, la escritura actuaba a modo de cordón umbilical; sobre todo cuando, después de abandonar la Isla, mi madre fallece a los pocos meses. Y me encuentro en un lugar ajeno, Barcelona, sin ganas de volver atrás y sin deseos de integrarme en el medio, y bien que lo quise, desde Tenerife, que aquella ciudad fuera la base para una vida nueva. Volcado en reparar la *traición* de dejar la Isla, borraba de mi alrededor cuanto me distraía del vínculo que mantenía con ella. Así empecé a ser consciente de la extranjería, al otro lado del océano, aunque ya la saboreara en el lugar de origen. La entrega a mis diarios, como al que sería mi primer libro de poemas, *Disparos en el paraíso*, y la redacción de *Madame*, novela en la que invertí catorce años, hizo las veces de techo; y mi voz, que empezaba a forjarse en la distancia y el desarraigo, se convirtió en mi único público, y era suficiente. Al menos hasta 1997, que es cuando empieza a cobrar fuerza la idea de publicar *Los que cruzan el mar*. Para eso tendré que pasar

al ordenador los cuadernos y los libros manuscritos; reescribir, des-  
echar y añadir; enhebrar un hilo narrativo; una sola voz, capaz de  
internarse por los tiempos transcurridos; en definitiva, una identi-  
dad sobre una sucesión de identidades.

Apenas queda nada de lo que acabo de mencionar en *La próxima vez*. De entrada, parte con una clara conciencia de que lo que iba escribiendo –en los últimos años en el espacio virtual– podría ser leído por alguien más que yo. ¿Significa esto que la segunda entrega de mis diarios no es tan íntima, tan descarnada, ni mucho menos tan «escandalosa», como los estómagos agradecidos (y los miedosos, los correctos, todos ellos funcionarios a sueldo), acusaron a la primera? Uno escribe porque no hay otro remedio; si no, calla. Lo que ya no desea uno es mostrar las heridas, en caso de haberlas (¿pero puede haber escritura sin herida?). Sobre todo porque uno cree que la escritura, aun respondiendo a una necesidad, y no al recuento burocrático, ni calma ni cicatriza nada.

Que *La próxima vez* sea la continuación, como antes he dicho, de *Los que cruzan el mar*, es como la pregunta de si el título alienta o no alguna clase de reconsideración, alguna clase de devaneo con otra vida diferente. Digo «continuación» o digo «continuidad», y ocurre como con la naturaleza del «yo», al que tomamos por pilar de una voz, sin dejar de percibir por ello que se trata de una ficción, obra del recuerdo, del recuerdo en el instante, con sus olvidos y sus arbitrios. Los diarios que contiene *La próxima vez* son lo que viene después, porque parten de donde terminaba *Los que cruzan el mar*. A su manera, porque la entrega presente, y las que siguen, marca distancias, como no podía ser de otro modo, con lo vivido en épocas anteriores, al punto de que a veces tengo la impresión de haber dejado una vida que con dificultad reconozco vivida por mí, y de

haber comenzado otra frente a la cual, al cabo de un tiempo, estaré en condiciones de sentirla con una extrañeza parecida.

*Los que cruzan el mar* se ofrecía bajo la advocación de unas palabras de Horacio: «Los que cruzan el mar cambian de cielo, no el ánimo». No faltó en su momento el listillo que insinuó, a más no llegó su coraje, lo poco adecuada que era la cita en un libro mío. Como si uno no cambiara en treinta años. Como si cada cierto tiempo no hubiera tejidos en el cuerpo que reemplazan las células, por más que las neuronas en la corteza cerebral nunca son reemplazadas...

Cambiamos de cielo, cruzamos mares, pasamos por individuos y personas, entramos y salimos por vivencias de las que podemos sentirnos tan ajenos como del medio que nos rodea. Nuestra vida, con la perspectiva de una edad, puede tomarse por un archipiélago cuyas porciones de tierra se van alejando entre sí, y cada una se hunde sin dramatismos, imitando la indiferencia con que la naturaleza asiste a sus procesos.

Pero hay un ánimo que se mantiene, si prestamos atención. Lo que viví en la Isla, desde el nacimiento hasta la partida –a fines de septiembre de 1974, poco antes del amanecer–, y más adelante, en la lejanía con la que me vinculaba a ella, conforma un espacio intangible, Aprositus, la Non Trubada, la Inaccesible, que irradia un color natal que a veces tiñe el aire de nuestra diáspora. Yo no fui consciente de que al marcharme lo hacía para no volver. Como tampoco de que me instalaba en un territorio llamado Cataluña: trataba de mantenerme en una ciudad, Barcelona, y eso era todo. Pero sí me consta ahora de que ni con el regreso, idea que todavía cruza por mi mente, a una Isla ya tan extraña como lo fue Barcelona durante los años siguientes a mi llegada, se alteraría en lo sustancial dicho ánimo.

Podía haberlo contado al principio..., de cómo, como por arte de birlibirloque, un libro se convirtió en tres... El editor Abelardo Linares se interesó por mis diarios a finales de septiembre, o comienzos de octubre de 2013, de paso por Barcelona. Dos meses después seguía corrigiéndolos, desmintiendo la respuesta que le di, de que estaban listos para su publicación. Por fin, a mediados de febrero del año en curso, le remití una copia desde Trieste. Al cabo de unas semanas recibí su recomendación: en vez de un solo libro, a todas luces demasiado voluminoso, era preferible que lo repartiera en varias entregas.

He estado inmerso en la tarea de desmontar aquel único volumen desde el mes de abril. Y no para reducir su extensión —que, antes bien, se ha visto ampliada en su conjunto—, sino para enmendar y limpiar párrafos y pasajes enteros, pues no podía serrarlo al tuntún. Era preciso una nueva arquitectura que tensara cada entrega, como antes lo había hecho con la totalidad. Eso fue lo imprevisto, y de ahí que me viera con tres libros que escribía, como si dijésemos, en tres mesas distintas pero en el mismo gabinete: *La próxima vez* (2004-2007), *La vida figurada* (2008-2009) y *El porvenir del horizonte* (2010-2013). Esa es también la razón por la que el prólogo de *La próxima vez* está fechado a día de hoy, 15 de junio, en Barcelona; que el de *La vida figurada* lo haga a finales de julio en la isla de El Hierro; y que en *El porvenir del horizonte* aparezca: «Trieste, 17 de febrero de 2014».

El trabajo se ha llevado a cabo sobre un proceso previo de reescritura, emprendido cuando me encontraba a punto (o eso creía yo) de finalizar el libro, y sobre la vuelta a las andadas con las correcciones, pura manía de no desprenderme de las letras, cada vez que un editor me respondía que lo mío era para ser publicado después de

muerto, como me dijo uno sin que se le movieran los gemelos, o que desistiera de pedir tanda para ponerme a la cola, como me sugirió amistosamente otro, o que no podía poner en riesgo su incipiente sello editorial con quien no le ofrecía garantías de ventas seguras, como me contestó otro con gemelos de nuevo rico.

Hago hincapié, para finalizar, en lo que, a estas alturas, tiene una importancia muy relativa: los nombres y apellidos, las iniciales, las X... que aparecen *En la próxima vez*. Algunas amistades, y también amigos, vuelven a figurar convertidas en personajes, como lo hicieron en *Los que cruzan el mar*. Otros se han quedado en la cuneta, y si algún día paso por el lugar, a lo mejor dará para un libro de caricaturas líricas. Otros tantos no son mencionados ni aun habiéndomelo propuesto, quizá por pudor; quizá por piedad. Y también está el afecto, que me obliga a pasar por alto a unos cuantos. Después de todo, tampoco se refleja por entero la prodigalidad con que nos regala una jornada. Muchos pensamientos permanecen, junto a las banalidades que los convierten en vivaces, a la espera de lo que dicte la palabra venidera. La que en la literatura tiene no el recuerdo, sino la sensación del tiempo.

*Barcelona, 15 de junio de 2014*

2004



LUNES, 5 DE ABRIL. —En ocasiones aparecen unos ojos por la calle, y es como si pudieran arrastrarte hasta donde ellos quisieran. Sé que esto es mentira. Los ojos surgieron de repente, una mirada llena de luz y dilatada como ninguna otra, pero yo sigo aquí. Me gusta, sin embargo, la fantasía, esa posibilidad de perdición, atravesando la ciudad de la montaña a la orilla.

Sucedió mientras bajaba de la zona en que vivo, Can Baró, un territorio que se confunde con el Carmelo, fronterizo con los barrios de Bajo Guinardó, La Salud..., hasta la plaza de Sanllehy. El hecho de descender por una calle, el hecho de estar al mismo tiempo en lo alto cuando me venían al encuentro los ojos que subían, todo ello me hizo sentir como si yaciera sobre el cuerpo de la mujer que me miraba, no sé por qué, con fijeza.

Como si desde abajo, por donde ella transcurría, no se percibieran tan hundidas las cuencas de mis ojos. Cuando lo que sintió la desconocida fue, a lo mejor, el miedo de toparse por sorpresa con un rostro como el mío.

LUNES, 19 DE JULIO. —Bellísima Estocolmo, ciudad de la armonía. Hasta aquí parece que no ha llegado el triunfo de la fealdad en la arquitectura moderna, con la excepción de la plaza Sergel y sus alrededores. Me dicen que todavía hasta finales de los años sesenta

del siglo pasado, el conjunto (fuente, niveles, fachadas) mantenía un equilibrio con el entorno. Se abrió el boquete, como ocurre tan a menudo en los países latinos. Se despertó ese fino olfato que llama a demoler, con una rapidez y una eficacia realmente notables, cualquier atisbo de belleza

De mi estancia en Suecia, solo me traigo, de vuelta a Barcelona, esta observación. Quien conozca mis notas de viaje sabrá que estas se conforman, si lo hacen, después de abandonar los sitios. Siempre la palabra, cuando se encuentra a la intemperie, buscando un hogar para la remembranza.

SÁBADO, 31 DE JULIO. —Opina un novelista francés (no sé si de moda), a propósito del 11 de septiembre de 2001, que vivimos presos del terror, y que seguiremos todavía así no sé por cuánto tiempo. Es la sensación que puede sentir, en cualquier época, quien conozca lo que es la angustia, solo que a lo grande, a escala planetaria, más allá de los muros junto a los cuales trata de protegerse de lo que le persigue.

Es la convicción de que cualquiera puede hacerte volar por los aires. Pero lo que ya ha volado por los aires es la noción occidental de seguridad, de progreso, de bienestar social.

LUNES, 16 DE AGOSTO. —Si quieres pintar el mar no lo veas como movimiento. Fija en la retina sus manchas, azules, blancas, negras, y permite que sean ellas las que hablen de las fulminaciones del agua.

MIÉRCOLES, 25 DE AGOSTO. —Una urraca avanza por el bordillo de la cúpula de la iglesia redonda, en la plaza de San Gregorio Taumaturgo. Trastabilla, choca contra las ráfagas de aire. La luz, todavía caliente, resbala por los ladrillos rojos de las fachadas.

Una paloma viene a posarse cerca de la urraca. Palomas sin prestigio, las pobres, como los plátanos de las aceras, que llevan décadas enfermos e incurables y sin nadie que los enaltezca. Confiadas se meten las palomas en los pocos cafés que quedan abiertos por estas fechas en la zona. Ni la urraca ni la paloma se inmutan. Se limitan a mirarse por un momento y a seguir perdiendo el tiempo, cada una por su lado.

Apenas se observan por la calle más que filipinos, ecuatorianos que pasean a los ancianos, porteros suplentes que ya no visten las habituales batas color añil de faena. Hay ventanas, en las casas de enfrente, con las persianas y las rejas metálicas echadas desde junio, y así continuarán hasta bien entrado septiembre. Otras casas permanecen sin ser habitadas desde que empecé a vivir aquí, como el domicilio que fue de Gil de Biedma, dos plantas más abajo de la terraza de S. C.

Se balancean las copas de las tipuanas. Apenas cuentan con sus pétalos amarillos. Ahora les toca el turno de florecer a las sóforas, y lo hacen, creo yo, a desgana. «Total para qué», se dirán, «con estos calores, con este vaciamiento poblacional, con nuestros racimos perfumados que pasan desapercibidos».

Ajenas a metafísicas, se precipitan las cotorras argentinas, siempre atareadas, inmersas en su tumulto y su estrépito.

JUEVES, 26 DE AGOSTO. —«El sol presta su luz y cada día debe declinar. La luna mueve las almas, las mareas y la sangre; levanta tiempos y reinos; desmorona la memoria y las pasiones. Sobre las dunas, el viento es suave. Las nubes se deslizan cuando los colores escapan del mundo».

No sé a cuento de qué escribí esto, hará dos o tres años.

VIERNES, 27 DE AGOSTO. —Últimamente pareciera que las mujeres hablan no por necesidad, sino para que se las oiga. Poco importa a quien tengan delante. El otro día una contaba en medio del bar, con voz elevada, que era feliz. Y me miraba. Sí, yo la oía, pero se me escapaban cuáles eran las razones de su felicidad. Fui alguien para un montón de sonidos.

DOMINGO, 29 DE AGOSTO. —Se ha coloreado muy de negro el atardecer para recordarme que mañana será mi cumpleaños. Son bellas, sin embargo, las ensenadas entre las nubes, la profundidad por la que serpentean los relámpagos, las oquedades que ocupan los truenos.

Las calles se van llenando de gente. No han esperado a apurar el mes. Han regresado aprovechando que lo que consideran el verano termina este domingo. Con la mirada todavía bobalicona, los maridos, en pantalones cortos, llevan a rastras a las criaturas por la acera. Las mujeres, en la cocina, discuten con la doméstica. Quizá algunos adolescentes ven con buenos ojos este cielo tormentoso, este anochecer dominical que invita a entrar en los cines y reencontrarse con las novias del mes de julio.

LUNES, 6 DE SEPTIEMBRE. —Gómez Carrillo, perdido en el dédalo de Jerusalén, sombreado de melancolía y extrañeza, recupera el placer del paseante cuando deja de hacerse preguntas. Preguntas a los que pasan por su lado, preguntas a las piedras milenarias, preguntas a los paredones místicos...

La última vez que estuve en Jerusalén conseguí esquivar la extrañeza y la melancolía, pero sobre todo conseguí que me pasara desapercibida la densidad histórica que conforma, para mí, lo siniestro de la ciudad. Duró un momento. Fue un instante en el que desee,

como me ha ocurrido en algunas calles alejadas de Florencia o de Lisboa, habitar en una de aquellas casas con las ventanas altas que recogían el aire ya tibio de la noche.

MARTES, 14 DE SEPTIEMBRE. —El cuidado del cuerpo en esta sociedad enferma de aburrimiento. Su despreocupación es su barbarie; su narcisismo su debilidad. Lo que le importa es el cultivo de la apariencia. Dejada frente a toda amenaza, a la que solamente toma en cuenta cuando le prodiga uno de sus cíclicos ejercicios de caridad, no se da cuenta de que se mantiene aislada entre los odios, las hambrunas, la fiebre de paraísos ultraterrenales.

LUNES, 20 DE SEPTIEMBRE. —Una semana ocupado en restaurar la mesa que compré en los Encantes. Imponen hasta tal punto sus más que holgadas, y funcionales, dimensiones, que se me hace difícil escribir en ella, buscando mil excusas para reubicar en la superficie los cartapacios, el calendario con sus piezas móviles de madera, los reposos para el lápiz o la estilográfica que nunca uso.

Algunas flores amarillas perviven en las cunetas. Un azul muy intenso en el cielo, como muy intenso es el blanco de los cúmulos. Consuelan estas señales de que no todo se acaba. Aun de que revive.

JUEVES, 23 DE SEPTIEMBRE. —Ah, la tristeza de siempre otra vez aquí, tenue pero anclada como un trapo que ha enterrado el viento en un arenal. Varias estelas de aviones se cruzan cuando acaba la tarde, que es limpia, calma. Hacia la derecha, se empiezan a escuchar los cohetes de las fiestas de la Mercè. V. me llama para contarme las alegrías de ayer, el día de su cumpleaños.

LUNES, 27 DE SEPTIEMBRE. —A lo mejor el enfermo es uno por reparar en lo enfermizo de esta sociedad satisfecha, donde las putas parecen señoras y las señoras lo contrario. O parafraseando a Salas Barbadillo, donde cualquier zorra se ha convertido en Demóstenes y Demóstenes en cualquier zorra.

Y las abuelas parecen niñas; y las niñas, señoritas; y los hombres, con las cejas y el pecho depilados, arrastran el carro de la compra por los supermercados; y las mujeres, feas de solemnidad, la barbilla avanzada y la espina dorsal encorvada, conservan dos buenos pechos.

Lo único destacable del día ha sido ver a un musulmán piadoso zarandeando la verja de lo que fue Villa Tina, demolida el año pasado, y que han convertido en una casa moderna de tres plantas, con algunos cactus apretujados en una pequeña terraza. Será que estará rezando, me dije mientras seguía mi camino

A la noche, en un documental de la televisión pública catalana, Maragall, Pujol y Bohigas defendían la clarividencia urbanística del alcalde Porcioles. Un *home de país*, aseguraron todos, con los ojos en blanco. Lo sabemos desde hace tiempo: tú nombra mucho al *país* y te expedirán la patente de corso.

DOMINGO, 3 DE OCTUBRE. —Del viejo café Zúrich solo queda el antiguo reloj parado en las 17:40. Y las molduras de madera en los arquitrabes. Los jóvenes siguen tomando asiento en el exterior, frente a la cabecera de las Ramblas, como si fuera cualquier tarde de cualquier año de un tiempo en el que yo viví.

Dicen que el aire almacena las voces que se han proferido en la tierra. ¿Ocurrirá lo mismo con los visajes del pasado? ¿No es aquella Mercè, con su falda floreada? ¿No tengo hoy una cita con Chus?

¿No estoy a punto de asistir a la despedida de Pilar, que baja a la estación del metro en plaza de Cataluña y se pierde para siempre? ¿Y qué es para siempre —ahora lo siento así—, si hay días en que no cesan estas devoluciones de imágenes, estos resplandores que descienden del cielo y recuperan su carnal sustancia?

LUNES, 18 DE OCTUBRE. —Descubren un homínido enano con cerebro de mono en la isla de Flores. Hace de ello unos dieciocho mil años. Se trata de una especie que desciende del *homo erectus*, pero que acaso no se encontró con su vecino el *homo sapiens*. Vamos, que estaba ensayando las tragedias cotidianas que se dan en la plaza de Cataluña, en Hyde Park o en Shangri-La cuando las almas predestinadas se agachan a recoger un papelillo del suelo y se extravían para siempre. Lo curioso del descubrimiento es la observación de los paleontólogos, quienes afirman que las islas suelen provocar procesos de *ennanecimiento*. Ante la ausencia de adversarios fuertes, los animales, para ahorrar energía, se empequeñecen.

MIÉRCOLES, 20 DE OCTUBRE. —Las nubes de hoy han trabajado muchísimo. Tantas y tantas han pasado, tantas y tantas han sido las empujadas por un viento seco, más propio de marzo, que exhaustas al atardecer se han tomando un respiro sobre el horizonte, todo el resplandor del ocaso a sus espaldas.

DOMINGO, 31 DE OCTUBRE. —El año en que murió mi padre, por ejemplo. ¿Fue un tiempo que me perteneció? A mí me asombra que haya podido pasar con vida por aquellos días espectrales. Tal vez se trataba de morir de una manera análoga a la suya.

MIÉRCOLES, 10 DE NOVIEMBRE. —Un terrorista viaja por los aires... Es curioso. Uno de los impulsores del terrorismo aéreo, ya abocado a la agonía, se ve zarandeado en pleno vuelo por su trayectoria política. Sale y regresa de su patria entre los pechos de la benemérita Francia. Una patria, la del agónico, que unos y otros se han encargado de dinamitar, en la que ya solo se escuchan gritos, lloros de masas, misiles, cuerpos que estallan... Alguien ha dicho del Presidente que no es que creara el Estado de Palestina: creó el Estado de Arafat.

LUNES, 15 DE NOVIEMBRE. —Yo no quiero ya el sacrificio y la pérdida.

Y despierto con el sabor tan dulce de los sueños de los que provenía.

Materia de los sueños: ¿adónde vais, en qué os desvanecéis, cuál es la sustancia en la que fundís vuestro sabor dulce y desconsolado? Como si al fondo, hacia el principio de lo que fue nuestra vida, allí se perdieran como lágrimas aisladas las gotas de sangre de lo que fuimos. Y quién podría besarme en la frente que arde de fiebre para que pudiera volver a conciliar el sueño.

SÁBADO, 20 DE NOVIEMBRE. —La virtud de aparecer con las manos en los bolsillos en el momento en que un peón, con el mazo entre las manos, comienza a derribar la torre más alta de una villa de mi calle. Esta semana he visto demoler dos más. La última llegaron a habitarla unos *okupas*, cuyo único signo de vida fue una muñeca de trapo con la que coronaron la verja de la entrada, esa misma puerta metálica que a veces pintaba de verde un jubilado, un tramo un día, luego otro; y así la dejó sin terminar. Esta mañana, para desalojarlos, se habían congregado cinco furgones policiales.

DOMINGO, 21 DE NOVIEMBRE. —Siete de la tarde. Nadie en las aceras. Tampoco en el interior de las casas se observan lámparas encendidas. Me abalanzo hasta la plaza de Sanllehy. Puedo tirar a la derecha, en dirección al barrio de Gràcia, o a la izquierda, hasta Horta, o retroceder, subir la cuesta, aparecer por el Carmelo, o continuar bajando, llegar hasta el Ensanche, ya con ganas de ver algo de mar en La Barceloneta.

Me apresuro. Nunca termino de aprender los horarios comerciales. Entro en un local que me han indicado, y es y no es lo que estaba buscando, lleno de gente de todas las edades y latitudes, que habla por teléfono en las garitas o pregunta por la familia a través de internet.

Salgo del locutorio y me doy cuenta de que los escaparates ya exhiben los abalorios navideños.

LUNES, 22 DE NOVIEMBRE. —Los vecinos de arriba se han meneado tristemente. Era el suyo un énfasis propio de un día de entre semana. Luego han guardado silencio sobre el camastro como recién llegados a un Miércoles de Ceniza.

«Qué lejos parecen las estrellas, y qué lejos nuestro primer beso, y, ah, qué viejo mi corazón», encuentro apuntado en una libreta, y no recuerdo si son palabras de Yehuda Amijai.

JUEVES, 25 DE NOVIEMBRE. —Antiguos recorridos redivivos de Barcelona... , calle de Hércules, Vieja de Correos, Travesera de San Justo... Instantes de esplendor en las fachadas, y las casas vacías. Luego, a la noche, para escuchar el *Réquiem* de Fauré, entramos en la iglesia del Pino, en la que nunca había puesto los pies, que yo recuerde.

SÁBADO, 27 DE NOVIEMBRE. —Cuando veo la luna casi crecida, imagino el mar a sus pies. ¿Para qué entonces vivir en la orilla?

Vagaba por las imágenes y me distraía tratando de hablar de ellas. Y las fotos —de repente aparecen con la lógica irrefutable del sueño— forman parte de unos signos perdidos, pero que gracias a la oscuridad todavía se mantienen con vida.

Ese es el triunfo de un rastro, mantenerse en algo que al explosionar ha provocado una luz, una consistencia que rozó lo verdadero, y después pasó a nada.

SÁBADO, 4 DE DICIEMBRE. —Y ella habla, habla y habla, con la boina calada, en el interior de la cafetería, y él escucha, la escucha, y escucha. ¿Qué piensa él mientras la escucha, qué ve ella dentro de él, a través de sus ojos, mientras parece que la escucha?

Chispea en la calle. Hay, en los lejanos cielos, nubes de plata. El hombre de la floristería, frente a la clínica Quirón, recoge los bártulos de la acera entre exclamaciones que se regala a sí mismo. El sábado sin nadie pone rumbo hacia el final del día. Por qué no nos moriremos en instantes como este.

DOMINGO, 5 DE DICIEMBRE. —Los sueños forjaron la memoria. Cuando se desvanecieron, la memoria comenzó a ceder. Entonces entre sus huecos pudieron surgir facetas intercambiables, un detalle de peso y otro liviano; una experiencia vivida y otra idealizada; lo real, lo imaginado, lo inventado; lo de ayer y lo de más atrás, todo revuelto.

LUNES, 6 DE DICIEMBRE. —Llegué con la lengua fuera a lo alto de la colina. Eran las cinco de la tarde. En el mirador secreto, ya

estaba una muchacha sentada junto a su pastor alemán observando el crepúsculo.

A nuestros pies, las bocacalles de la ciudad se teñían con la sangre caliginosa del poniente. Sobre nuestros hombros el aire era un delicado temblor de oro. Al acecho, el denso azul nocturno se avecinaba con sus montañas efímeras.

MIÉRCOLES, 8 DE DICIEMBRE. —La claridad de estos días es cada vez más angosta y, por eso, más intensa. A media tarde se estremece como un equilibrista sobre el borde del mar, que se asemeja a un cable de mercurio.

DOMINGO, 19 DE DICIEMBRE. —En la curva de enfrente a mi casa, a las ocho, me recoge el autobús que me llevará hasta el mercado de libros viejos de Sant Antoni. Esta mañana no se oían los pájaros, pues había viento y rumor de hojarasca en el bosque. Las estrellas estaban todavía muy cuajadas, contemplando impasibles el espectáculo de la ciudad semidormida, las avenidas sin tráfico y los semáforos encendidos, las dos torres, frente a la escollera de Poblenou, elevadas como las jambas de una puerta al mar.

MARTES, 21 DE DICIEMBRE. —No se me ocurrió otra cosa mejor que irme a la cama con la biografía de Arcadi Espada sobre los últimos años de Josep Pla. Insomnio de piedra hasta las cuatro de la mañana. Conmovera y deprimente su relación ¿sentimental? en Buenos Aires. Y la vejez, santo cielo, la próstata...

MIÉRCOLES, 22 DE DICIEMBRE. —El alborozo con que aquella rubia se abrió de piernas, la simultaneidad fascinante con que al mismo

tiempo sonreía, las largas piernas, los largos labios, los largos ojos, la largueza tan alegre de todo su ser entero abriéndose. Qué alegría, Señor del Mundo, que también has dispuesto la existencia de estas criaturas de pura carne abierta y sonriente.

VIERNES, 24 DE DICIEMBRE. —Con V. hacia Lanzarote. Tiempo radiante al despegar. La zona donde nos alojamos podría corresponder a El Aaiún. Hay unos nubarrones, sobre las cabras que pacen muy cerca, que dan miedo. Cuando llegamos todo estaba cerrado, es decir, las dos ventas de este pueblo de Sóo. Hemos esperado hasta las cinco para comprar algo con lo que matar el hambre. El color del ocaso sobre el malpéi volcánico, que así llaman en la isla al malpaís, ha sido impresionante. A la noche, desde el mismo vértice del crepúsculo, avanza una columna no muy alta de nimbos abultados, pero que el resplandor de la luna casi llena suaviza.

LUNES, 27 DE DICIEMBRE. —Contengo las lágrimas mientras el avión rueda por la pista de Los Rodeos. Luego, cuando abrazo a A. D., que vino a esperarnos, más lágrimas contenidas. Lluvia y frío todo el día en La Laguna. Cansancio emocional. La mujer de A. pensó que yo estaba al tanto de que le habían extirpado un tumor y que por eso me emocionaba. No. Cuando aterrizo suelen subírseme las lágrimas. De todos modos, mi amigo no hay forma de que hable de su vida íntima, siempre pendiente nada más que del prójimo.

MARTES, 28 DE DICIEMBRE. —El patio del hotel Agüere parece el hervidero de un cuento de Faulkner. La Laguna tiene estas cosas. La tía de Malusa..., en la mesa contigua a la nuestra, departe con las amigas. Es asombroso cómo el entusiasmo que ponen en la

conversación, las que consiguen hablar, porque siempre hay la que se limita a asentir y otra a emitir un suspiro o queja, no resulta en absoluto incompatible con la detección y registro de quien entra por la puerta giratoria del hotel. Como nosotros ya estábamos sentados bajo la claridad de la inmensa claraboya, no se percataron. También es cierto que la agudeza visual de las señoras ya no es la misma. O es que somos invisibles como los auténticos extranjeros. La curiosidad de los locales no da sino para los del lugar y los foráneos, que así pueden entrar y salir de su conversaciones como un frase más sin la mayor importancia.

El agotamiento de cruzar, sin proponérmelo, por escenas de historias antiguas y presentes. Se lo explicaba a V., frente a la vieja farola del puerto de Santa Cruz. Ese saltar por el tiempo como si sus diques se hubieran derrumbado definitivamente y solo quedarán una memoria y un ahora.

Esperábamos la guagua que nos llevaría a Taganana. La angustia contenida durante la espera iba y venía como los rayos solares y los nubarrones, la humedad de La Laguna que traía conmigo y el picante sol africano.

La tristeza, Dios, la tristeza. Las rememoraciones involuntarias, que ya casi no sé si son reales o literarias.

Pocos pero intensos compromisos durante el paseo por la escenografía sentimental de aquellos años felices que vivimos entre los riscos de Anaga.

Y la responsabilidad por el ánimo de V., que está tan llena de buenos propósitos. Nos sacamos juntos la foto ritual, como en cada verano de su infancia en Taganana, delante de la puerta de madera pintada de verde en el número 11 del camino de Portugal, la pequeña casa terrera que nos cedía su propietaria Armenia, algo así como

la madre, y la abuela, en una familia que no teníamos, en pendiente de piedras romas y helechos hacia lo que llaman Las Vueltas, la primitiva entrada y salida del caserío a través del bosque que conduce a las cumbres.